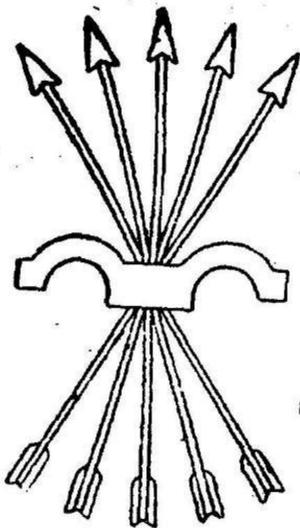


No queremos, ni comunismo
reservándose el producto
de nuestro trabajo, ni ca-
pitalismo explotador...

(Fernández Cuesta)



Si hay que morir de nuevo,
moriremos también, pero
España es ya nuestra...
nadie nos la arrebatará.

(Fernández Cuesta)

AÑO II — N.º 56

Segovia 13 de
Noviembre de 1937

Segundo Año Trienal

Precio del ejemplar
15 céntimos

LA FALANGE

Redacción
y Administración
San Facundo, 1

Suscripción:
Al mes.. 0,60
Trimestre 1,75

SEMENARIO NACIONAL SINDICALISTA DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N.-S.

Luis Vives con nosotros

por Fray Justo Pérez de Urbel

(Agencia de Colaboración Nacional)

A diferencia de esos hombres que se han llamado intelectuales a sí mismos y que están lejos de nosotros o en contra nuestra, bien sea porque ponen su ingenio más o menos auténtico o su cultura más o menos superficial, al servicio de los enemigos de España, o porque aguardan que se resuelva el conflicto, para ellos dudoso todavía, a fin de ponerse a nuestro lado, o porque quieren que les reciban con todos los honores y que pongan en sus manos los pingües beneficios de antaño y aquella influencia omnipotente de que disfrutaban como hierofantes y mangoneadores de los centros del saber, a diferencia de todos estos, que están mostrando su indiferencia completa o su desconocimiento o su odio a la verdadera España, Luis Vives, el sabio ejemplar, el filósofo digno de este nombre, más amante de la sabiduría que de mezquinos egoísmos y de intereses creados, está con nosotros; está con nosotros como español y como cristiano, aprobando nuestro programa y orientando nuestra acción, animador de entusiasmos y moderador de arrebatos, director, consejero y pedagogo.

El nos habla con la sinceridad, con la valentía, que animaba la vida de aquellos grandes caracteres de nuestro siglo de oro. Oigámosles a ellos, ya que no tendríamos valor para escuchar la verdad, y menos para abrazarla si nos la dijese cualquiera de nuestros contemporáneos. «Innovaciones, diríamos ansiosos de originalidad y deseo de turbar la digestión de las almas buenas». En ciertos aspectos de su actividad, Luis Vives fué un innovador, atacó sistemas trasnochados, defendió nuevos métodos y mereció ser llamado uno de los creadores de la ciencia moderna. Sufrió por la verdad, amplió sus horizontes y conquistó para ella tierras nuevas.

Pero hay un punto en el cual, más que innovador, se le puede llamar arcaizante: es el que se refiere a su actividad respecto a la vida cristiana. Vivió en el siglo de las luchas religiosas, más enconadas, lanzado por las circunstancias, apareció en el campo frente a los protagonistas del inmenso drama, que acabó con la escisión de Europa; luchó también él con pasión y entusiasmo, conservó en su alma la luz de la verdad y la hizo amar en torno suyo. Pero, sin manchar jamás la pureza de su ortodoxia. Su

voz, su pluma, el anhelo espontáneo de su alma se dirigían con preferencia al triunfo del reino interior. Nació en un tiempo de decadencia religiosa, cuando la piedad corría peligro de convertirse en vano formalismo, en una religiosidad egoísta y supersticiosa, que escandalizaba a los corifeos de la falsa reforma y les daba pretextos, si no motivos, para sus ataques. Erasmo acababa de denunciar y fustigar los abusos de aquella ramplonería espiritual, cayendo en el exceso contrario, escandalizando a las gentes piadosas y anatemizando sin piedad ni discreción las más vulnerables tradiciones. Muy distinta es la actitud de Luis Vives. No hay en ella amargura, ni desprecio, ni rebeldía, ni sarcasmo; sino el más profundo respeto, la obediencia que se apoya en el cimiento de la fe. Su sinceridad no es ironía demoledora ni corrosivo veneno, sino medicina bienhechora y confortante. A las burlas de los pseudo reformadores contra los representantes de la jerarquía, respondía él audazmente: «Quien a ellos desprecia, profana tu imagen, profana tu nombre y no a ti, a sí mismo se injuria y envilece».

Sin embargo, no deja de advertir la espiritualidad y hasta las aberraciones de aquella devoción extraviada, que rompía la continuidad biológica con el espiritualismo de los primeros siglos cristianos y por consiguiente con la sabia divina del Evangelio. «No sabemos cómo hemos de orar; nos dirigimos a Dios como nos dirigíamos a un príncipe con la adulación, con la lisonja, y a veces nuestros ruegos son verdaderos absurdos, execraciones abominables».

Conocedor profundo de la literatura latina, recuerda, sin citarla, aquella instructiva sátira de Juvenal contra los que se inclinaban delante de los dioses o les ofrecían sacrificios para que les diesen una elocuencia, que como sucedió a Cicerón y a Demóste-

nes, iba a ser la causa de su ruina; o bien para que dispusiesen cuanto antes la muerte de rico patricio que les había nombrado herederos. «Pocos son, decía el satírico, desde la isla de Cádiz hasta la aurora y el Ganges, los que saben conocer los verdaderos bienes». Y profiere una sentencia, en que parece reflejarse en la penetración del cristianismo nacinte en la sociedad pagana: «Pero el hombre es más querido para los dioses que para sí mismo—*carior est illis homo quam sibi*—y por eso le darán en vez de las cosas agradables que piden, las que en realidad les convienen. Nosotros, guiados por nuestro ciego impulso, les pedimos un casamiento envidiable y la alegría de su prole, pero ellos saben cuáles han de ser los hijos y cómo la mujer». La razón ciertamente manda entrar en los templos, venerar a los dioses y ofrecer la asadura sagrada del ladrón blanco, pero eso, añade el satírico, sólo ha de servirnos para alcanzar un corazón impávido y libre del terror de la muerte, y para que sea el alma sana en un cuerpo sano.

Luis Vives recoge y hace suyas las observaciones del clásico latino, pero recordando que el cristiano tiene algo mucho mejor que esas palabras áridas y sin alergia, que el estoicismo ponían en boca de los que entaban en el templo de Zeus. «Muchas veces salimos de la presencia de Dios haciendo votos por su salud cuando él es la fuente de toda salud y de toda vida; y lo que es más, anhelamos y pedimos como eficaces y saludables cosas cuya eficacia y bondad no nos consta. ¿Cuántos ruegos no se formulan de tal suerte que más parecen execraciones? Pedimos talento, letras, facundia, robustez, ánimo, belleza y salud; pedimos riqueza, poderío, parentescos preclaros, hijos, dignidades; cuando en ninguna de estas cosas está el verdadero bien del hombre y muchas veces estuvo su ruina».

Advierte y se lamenta de que después de tantos siglos de cristianismo se puedan todavía dirigir a los hombres las representaciones del poeta pagano y sean todavía tan pocos los que conocen «aquella senda sosegada de la vida, que se abre únicamente al paso de la virtud». Esto es lo que le hace fijar su atención en las peticiones del Padre Nuestro, «oración buena y sublime, purificada con la clarísima luz del cielo, que encierra tesoros de sabiduría, sacados de aquel libro siete veces sellado, que sólo Cristo fué digno de abrir. Con ella quiere aprender a orar y a desterrar los abusos de la devoción supersticiosa, y en ella se esfuerza en descubrir el concepto íntimo y auténtico de la vida cristiana. Es una manera de luchar contra la vulgaridad del ambiente, de buscar el secreto manantial del cenáculo y las catacumbas, de recoger las corrientes gozosas y eternas que puedan reavivar en las almas el espíritu del Evangelio, barriendo egoísmos y mezquindades, inflamando tibiezas y frialdades, desterrando prácticas estériles y formalismos rutinarios e insulsos.

Y aquí está hoy entre nosotros con exégesis de la oración dominical el insigne maestro valenciano, orientando extraviados y despertando generosidades, condenando a los rezadores impenitentes, que no saben poner en sus palabras el espíritu que las eleva a la alta categoría de la oración, y lamentando la cobardía de quienes en estos momentos, en que se ventila la causa de Dios en el mundo, encienden a la Virgen del Pilar una lámpara para que su hijo no vaya al frente, como si la Virgen pudiese hacerse encubridora de cobardías y traiciones. También nosotros necesitamos purificar nuestra devoción y espiritualizar nuestras devociones. Rodeados de montones de libros llenos de superlativos almibarados y ridículos de exclamaciones huera y hasta de esas execraciones idolátricas, que Luis Vives advertía en sus contemporáneos necesitamos nutrirnos de obras como ésta, que con eficacia liberadora, nos saquen del mundo mezquino en que se consumen nuestras más altas energías, desaten nuestros mecnismos y supersticiosos prejuicios, y sacudiendo nuestra modorra, nos introduzca en la corriente poderosa del cristianismo militante y operante.

Por la Patria, el Pan y la Justicia

SINDICALISMO

El sindicalismo requiere una acción conjunta a fin de imprimir un sentido único y orgánico a toda la labor sindical.

La Falange propugna por ello un sistema completo: el sistema de Sindicatos verticales, que, una vez llevado a cabo será desde luego el tipo perfecto y definitivo del sindicalismo nacional.

Pero la creación de los Sindicatos verticales, como un todo orgánico, ofrece para su solución una dificultad principal que es necesario vencer de una manera eficaz y definitiva si se quiere que el sindicalismo no sea una teoría y una obra vacías de contenido.

Es la cuestión del salario que ha sido siempre el origen de la lucha de clases.

El salario tiene una doble modalidad. O, mejor dicho, puede ser considerado desde un doble punto de vista: el del patrono y el del obrero.

Hay en toda empresa una persona, llámese patrono o sociedad, que aportando el capital necesario para la adquisición de materias primas y elementos de trabajo, emplea una serie de individuos en la elaboración del producto a obtener con dichas materias o en la actividad necesaria para poner en circulación las mismas o los productos elaborados.

Los individuos empleados en dichas operaciones aportan su trabajo, o como suele decirse la mano de obra. Trabajo o mano de obra que ha de percibir una remuneración que influirá, según su mayor o menor cuantía en el coste del producto.

Naturalmente, el empresario procura siempre reducir este coste de producción a fin de obtener los mayores beneficios posibles

Sistemas

de la venta del producto. Es decir, que siendo uno de los factores de coste el precio de la mano de obra empleada, considera el empresario tomador de trabajo dicho precio como un gasto, que por ley natural procurará disminuir.

En cambio, el operario o dador de trabajo, tiene siempre el deseo de percibir la mayor remuneración posible por el esfuerzo que realiza, ya que la cuantía de la remuneración depende la mayor o menor satisfacción de las necesidades económicas. Considera, pues, el obrero el salario como un ingreso que también por ley natural tiende a aumentar.

Esta ha sido realmente la causa de la lucha de clases. Lucha caracterizada por el forcejeo de dadores y tomadores de trabajo cuyos intereses, considerados desde los distintos puntos de vista—puntos de vista completamente personales—han sido y serán siempre antagonicos. Y aquí estriba, como decíamos, la dificultad mayor que se opone a la formación de los Sindicatos verticales. Porque el Sindicato vertical pretende hacer imposible la lucha de clases agrupando a

patronos y obreros en el mismo Sindicato. Sindicato que divide las clases productoras en la verticalidad determinada por la separación de las ramas diversas de la producción. Es indudable que la teoría es perfecta y que representa un paso gigante a la solución de los problemas económicos que generalmente tienen origen social. Pero en la práctica es muy difícil resolver este antagonismo, que no ha de desaparecer por el mero hecho de afirmar que ha desaparecido, porque es posible que desapareciese en apariencia—es decir, en términos legales—pero siempre subsistía la lucha sorda, que precisamente por desenvolverse clandestinamente, podría alcanzar caracteres terriblemente disolventes.

Para evitar todo esto es necesario cambiar en absoluto la idea que tienen de su actividad todos los elementos que intervienen en la producción. Hay que hacerlos comprender que sus aportaciones—llámese capital o trabajo—no constituyen una función aislada, sino una función nacional y que, por consiguiente, la remuneración percibida por esas aportaciones no ha de ha-

cerse en vista de los deseos individuales, sino en vista de las necesidades de la producción. Esto es absolutamente necesario y para que todo el mundo comprenda este nuevo modo de enfocar la cuestión, es también necesario que desaparezcan los prejuicios que rodean actualmente a los organismos de control de la producción.

Y a ese control muchos le adjudican la misma categoría que a un Jurado mixto o a un Comité paritario. Y nada más equivocado. El Jurado mixto o el Comité paritario, además de la significación política partidista que había adquirido, se limitaban a la resolución de conflictos personales entre patronos y obreros, ateniéndose a las reducidas fronteras de los preceptos legales. Además el mecanismo del funcionamiento de tales entidades requeriría la puesta en marcha por medio de una reclamación del interesado o de una comunicación de transgresión de alguna ley de trabajo.

Los organismos de control en el sistema de Sindicatos son, por el contrario, quienes intervienen por propia iniciativa determinada no por las condiciones individuales, sino por las de la producción general. Además su papel no se limita a la resolución de conflictos y a la ejecución de las resoluciones, sino que desempeñan una vigilancia constante de las condiciones en que se desenvuelve la producción a fin de obrar sobre ellas en el momento que el interés general así lo exija.

Hay pues que divulgar por todos los medios posibles las características del sistema de Sindicatos verticales, como base para que su establecimiento no tropiece con las dificultades expuestas.

Colectivismo

Se ha hablado y se habla mucho del colectivismo, sin llegar a conclusiones serias acerca de la procedencia de su aplicación a la economía de la producción.

Es posible que esto sea así, porque hay mucha gente que no se da cuenta que todos los problemas económicos dependen en gran parte de circunstancias, no puramente económicas, que rodean su planteamiento.

Son circunstancias de tipo diverso. Hay circunstancias de idiosincrasia que influyen enormemente en la aceptación o la repulsión de un remedio determinado. Hay también circunstancias de carácter político que hacen imposible, por sistema, las soluciones que se pretendan fuera de una dirección más o menos ajustada a un programa. Y se dan igualmente determinantes físicas que significan la imposibilidad absoluta de aceptar proyectos teóricamente irreprochables.

Precisamente, con referencia a los ensayos de economía colectiva, creemos que deben estudiarse siempre con gran atención las cualidades psicológicas y políticas del ambiente en que se quieren desarrollar, porque en ellas se encuentra en potencia el éxito o el fracaso de tales ensayos.

Hay que partir de esta base: que el colectivismo significa siempre la renunciación de parte de la libertad de acción del individuo para encuadrarlo económicamente en una entidad que no le considera como finalidad última de su actividad.

Porque es absolutamente cierto que, aunque la colectividad se forme con el fin limitado acrecentar la potencia productora de una explotación, en último término se convierte, como todas las sociedades creadas por libre voluntad del individuo, en un ente superior que adquiere vida, personalidad y cierta fuerza de absorción.

Hay pueblos, especialmente los nórdicos, en los que la dureza de las condiciones naturales ha obligado al hombre a agruparse para mejor subsistir, en los que la costumbre de pensar en grupo los ha hecho aptos para acomodarse fácilmente a esta situación. Pero en los países meridionales, en los que el hombre es por naturaleza individualista, es muy difícil reducirlo al molde colectivo.

En estos últimos países puede llegarse, desde luego, al Sindicato que reviste caracteres completamente diferentes y busca fines absolutamente distintos, pero será muy difícil conseguir que un cierto número de personas aporten medios económicos—capital y trabajo—a una empresa en que no haya directores ni dirigidos, en el actual sentido de la palabra, y donde los productos no correspondan al esfuerzo individual empleado, sino al rendimiento conjunto de la explotación.

Es incluso posible que se llegue con relativa facilidad a la constitución de colectividades en las que los elementos de capital e instrumentos de trabajo hayan sido facilita-

dos exteriormente. Es decir: no por los miembros de la colectividad. Pero será muy difícil lograr que se constituya aquella si son sus mismos componentes los que han de facilitar esos elementos, porque la desconfianza en el rendimiento de los demás creará un ambiente de reserva forzosa en torno a la empresa, que será un obstáculo para el normal desenvolvimiento de la misma.

Además, la colectivización desemboca generalmente en otro problema económico que no ha sido resuelto hasta el día: el del empleo de la maquinaria.

Desemboca el colectivismo, como decimos, en este otro problema, porque en las circunstancias actuales la producción y la transformación de materias primas no ofrecen más aspecto que se preste a tal organización que el de la explotación por medio de la máquina, ya que el empleo del simple esfuerzo humano encuentra todas las facilidades necesarias en el Sindicato que procurará, en las condiciones que al explotador en gran escala, las materias y los útiles necesarios para la producción.

Y no sólo se presentan estos inconvenientes, sino que, políticamente, es innegable que la colectivización es únicamente defendida en aquellos países que se gobiernan por normas que no vacilan en supeditar la libertad individual al interés de la nación. Pero nunca en los Estados de tipo liberal, que por propia naturaleza son opuestos a toda institución que menoscabe en lo más

mínimo la libertad de acción y de iniciativa del individuo.

Hay además, como indicábamos anteriormente, razones de imposibilidad o al menos de dificultad física, para la implantación de la colectivización en la economía de la producción. Una de ellas, la de que para que la explotación de una empresa en régimen colectivo sea remuneradora, es necesario que la empresa pueda ser capaz de recibir la suma de esfuerzos individuales, es decir, que sea una empresa de cierta envergadura.

Esto aparece claramente en las explotaciones agrícolas, relacionado con la cuestión a que aludimos de empleo de maquinaria.

Para que una explotación agrícola admita un sistema colectivista, necesita una determinada amplitud que esté en proporción al tipo de maquinaria de menor rendimiento por lo menos. Porque si no es así, el empleo de esas máquinas es antieconómico, como lo será también o al menos inútil el empleo del sistema colectivista en esa explotación que puede ser hecha perfectamente por el individuo aislado.

Por todo esto insistimos en que la colectivización, que trae siempre aparejado el fantasma de la socialización, no debe de ser intentada más que teniendo perfectamente en cuenta, además de los factores económicos personales, todos estos factores de tipo local que tanto influyen en su desarrollo.

Por la Unidad, la Grandeza y la Libertad

I M P E R I O



Corren los días florecientes de la época victoriana. La City, de Londres, donde radica el cerebro mercantil de las islas, contempla, entre humo de chimeneas y humedades frías de cálculo y de niebla, la magnífica organización que acapara, a fuerza de astucia y regateo, el monopolio del comercio mundial para sostener el lujo de una Corte puritana.

Hace ya tiempo que la vida inglesa es comercio al por mayor que alcanza entonces el apogeo, levantando nuevas sedes que se agolpan en tropel a orillas del río, turbio de hollín entre los verdes prados de égloga. Pasó el turno de Santo Tomás Moro y le ha llegado la vez a Disraeli. El mundo es un mercado abierto al esfuerzo del comerciante más audaz y menos escrupuloso. Inglaterra ha recordado que su primera salida al mundo fue hecha en naves traficantes que se aventuraban a lo desconocido para cargar con los tesoros de las Casiterides, y entonces era el mundo el que se apoderaba del estío de aquellas islas salvajes, a mediados del siglo XIX es Inglaterra la que se hace dueña del oro del mundo.

No aprovecha Gran Bretaña el elemento marino para crear bellos mitos de argonautas. Bien es verdad que el cielo y el mar del Norte son menos azules que el Jónico y que una isla del Archipiélago vale por todas las Shetland o las Orcadas. Pero también es cierto que el buen anglosajón jamás ha podido desprenderse del fermento que aquellos cartagineses buscadores de oro dejaron en los primeros isleños y que, paradójicamente, habría de aumentarse con el cruce normando después de la batalla de Hastings y la muerte de Haroldo.

Diganlo si no aquellos hombres a quienes el orgullo inglés ha dado rango de héroes. Aquellos navegantes, bandoleros de las rutas españolas, que atacan pacíficos galeones y ciudades indefensas, no por la inquietud heroica y divina del guerrero, sino por la sordida avaricia del mercader.

Y díganlo la Independencia Americana. Aquellas colonias que sir Walter Raleigh fundó como factorías mercantiles y que en su desarrollo lograron absorber a precio de quincalla y algodón—el clásico calico de las adquisiciones británicas—algunas de las tierras que los españoles habíamos ganado a fuerza de Cruz y espada, de

sangre y de Evangelio, no se levantan contra la madre—madrasta en este caso—por móviles de madurez política o de conciencia de Patria, sino por causas de pretendida plenitud productora y suficiencia económica.

Y a pesar de ello, sigue la metrópoli con sus sistema colonizador y crea, para explotar los nuevos territorios que se abren a la vista codiciosa y calculadora de los ingleses tras las guerras con Francia en el siglo XVIII, no un ejército o una misión evangelizadora, sino una Compañía mercantil.

Compañía que opera de desierto en desierto, porque la interpretación metafísica y espiritual de la vida en la India no puede reducirse a metros o kilogramos. Ha de producirse forzosamente un choque entre los dos ambientes de almacén y religión. En el fondo no se hace más que repetir el episodio bíblico de los mercaderes en el templo, porque el dominador no se pataba en lugares u ocasiones.

En el año 1857, en plena tranquilidad bajo el reinado de Victoria, se ha ido engrandeciendo paso a paso el dominio que empezó con una pequeña extensión en las aventuras de lord Clive. Lord Dalhousie, que ha conquistado para la vasta empresa de la Compañía los reinos de Lahore y de Syndhy, busca el medio de obtener nuevos territorios y después de deponer injustamente al soberano de Uda, anexiona violentamente este nuevo territorio a las posesiones inglesas.

El espíritu pacífico del indio no puede soportar por más tiempo—a pesar de su paciencia—el sucio escarnio del dominador, que sólo busca lo material. Algún espíritu despierto de Brahmin ha conseguido crear una leyenda que anuncia para aquel año el fin del sojuzga-

miento de la India al extranjero. Es posiblemente la única forma de lograr una revuelta en el país de las junglas: el supuesto de un mandato religioso. Y además de la línea general del sentido místico que anima al levantamiento, éste comienza por una pretendida transgresión de la norma sagrada que establece la impureza del contacto con la manteca de cerdo, que se asegura ha sido empleada en la confección de unos cartuchos entregados a tropas indígenas.

Cunde el ejemplo de rebeldía y en breve tiempo sublevanse regimientos tras regimientos. Y la primera providencia que toman los cipayos emancipados, es ocupar Delhi, la ciudad del León Sagrado.

Se logra hacer bambolear el edificio del Imperio, porque de las costas de Bengala a las de Coromandel parece que ha prendido la llama de la guerra santa. Pero es demasiado fatalista el indio para sostener por mucho tiempo una acción y pronto se deja arrebatar las victorias conseguidas.

En la misma plaza pública de Delhi son degollados el rey y sus dos hijos. Se suceden las crueldades y los robos y saqueos sacrílegos que han dado material a tantas novelas de intriga de nuestros días.

De nuevo reanudan sus digestiones interrumpidas los banqueros de la City y el río turbio se estremece bajo las panzas pantagruélicas de los «cargos» que traen té y perlas de la isla maravillosa, y algodón y diamantes de la península, a la que llevan en cambio tejidos de Manchester y baratijas de Birmingham, ensuciando a la vez el paisaje de pagodas y bambúes con el negro humo de la hulla del País de Gales.

Mueren mientras, los últimos restos de la sofocada rebelión en las estribaciones del Himalaya, que flora bajo la nieve la muerte del sucesor del Gran Mogol en Delhi, y el Gobierno de Victoria, al que le parece que la Compañía acaso haya estado algo torpe en el desencadenamiento de la revuelta, dicta el 1.º de Octubre de 1858 un Decreto disponiendo que las posesiones indias pasen al dominio de la Corona, que se conceptúa sin duda mejor administrador.

¡Un fin muy anglosajón para una revolución religiosa!

Se asoma España a todos los mares, en cuyos lomos son caricia los remos de las esbeltas galeras y las quillas de las intrépidas carabelas. En el más allá de Isabel y de Fernando, las armas españolas, templadas a fuerza de dificultades, van ensanchando horizontes a Hispania y a la Cristiandad.

Pero el César no descansa. Si en tierras americanas valientes descubridores y capitanes están haciendo historia, pese a todos los obstáculos, en las encrucijadas del Viejo Mundo el brazo fuerte del Emperador deshace entuertos y derrota los esfuerzos del Muslim, que pretende islamizar a Europa.

No se encuentra nuestro Carlos sólo en la lucha contra los seguidores del Profeta. Puede decirse que todas las naciones de Occidente se hallan en pie de guerra prontas a sumarse a las nuevas cruzadas. Sólo en Francia Francisco I, a quien le duelen en el alma la humillación y la derrota de Pavia, se traiciona a sí mismo rebajándose a tratar secretamente con Solimán.

Hay por aquel entonces en Túnez un monarca avieso y astuto que procede de baja cuna. Hijo de alfareros y natural de una isla que siempre fué nido de piratas—la voluptuosa y helénica Lesbos—, ha conseguido Haradín, más conocido por el nombre de Barbarroja, detentar el trono tunecino, valiéndose del engaño, una vez que la muerte de su hermano y compañero de aventuras Horuc, le dejó en posesión de los de Argel y Tremecén.

Siendo, pues, soberano de gran parte del Norte de África y almirante de las galeras de Solimán, sus depredaciones en el Mediterráneo adquieren caracteres alarmantes, hasta el punto de preocupar hondamente a quienes tienen en este mar su camino natural.

Es entonces cuando el Emperador, para

quien siempre tuvo el mayor atractivo la lucha por la Religión, da la voz para la cruzada contra el turco pirata.

Pronto comienza a reunirse en Barcelona la flota de las naciones coaligadas. Es un espectáculo nunca visto el que ofrecen tal número de naves en el puerto levantino. Y como siempre hace el César, son sus primeros cuidados los de ponerse a bien con el cielo. Así, después de celebrar una procesión solemne, en la que el propio Carlos fué portador de una de las varas del palió que cobijaba al Santísimo Sacramento, y de confesar y comulgar, bajo la imagen de la Virgen montserratina, el 30 de Mayo de 1535 parte hacia el litoral africano la Armada de la coalición, que hace escala primero en Cagliari y arriba finalmente a Cartago.

Componen la expedición los mejores capitanes de la Cristiandad. Marcha allí el portugués Antonio de Saldaña, el infante don Luis, Andrea Doria, Alvaro de Bazán, el César mismo y una pléyade de nobles, entre los que destacan el marqués de Mondéjar, don Fadrique de Toledo, don Bernardino de Mendoza y tantos otros que habían hecho valer su fuerza y su destreza en todas las lides europeas. Va allí también Garcilaso de la Vega, que entre pelea y pelea escribe sus maravillosos endecasílabos;

y a ninguno de los que a la aventura se entregan les anima ansia alguna de riqueza, sino de gloria.

Bien marcan el carácter de la empresa las palabras del Emperador al ser preguntado quién es el Capitán General de la guerra. Enseñando un Crucifijo, responde: «Este, cuyo alférez soy yo».

Y bajo el mando de este Capitán General se suceden las batallas que traen nuevos laureos a España y a su Señor. Pero con ser mucho lo ganado materialmente, esto para la historia debe ser lo de menos.

Lo de más es que se repite, a la inversa, el hecho de ochocientos años antes. La invasión de un pueblo y una religión en una comarca que venera otro Dios. Pero ahora no son minaretes los que vienen a alzarse entre las cúpulas de las iglesias de Cristo. Son cruces las que ponen toda la gracia y significación del símbolo redentor entre palmeras y mezquitas, en tierras hechas para el amor humano, no para el divino.

Es indiscutible el carácter de cruzada que preside la actuación en Túnez. Es posible que exista algún motivo geográfico de protección a las costas mediterráneas, pero no se puede negar que la pretensión primera, pretensión que alienta en todo el reinado de nuestro Carlos I, es la de defender la civilización occidental y la religión católica, fren-

te a los avances del turco, poderoso en aquella época.

Y esta defensa se realiza donde y como se puede. No se limita, por consiguiente, a una pasividad de aguante. Si esto hubiera sido así, no hubiera existido Imperio español, porque el Imperio requiere una potencia de expansión. No es necesario absolutamente que esta expansión sea guerra, pero es innegable que en la Historia el medio más seguro de extender una cultura y una religión ha sido por medio de las armas.

Por eso sale el César al África, lo mismo que sale a los Países Bajos cuando la reforma desvirtúa el catolicismo del Imperio; y por eso, cuantos en Europa alardean de catolicidad, le acompañan en la expedición a Túnez, y sólo queda a solas con su conciencia el prisionero de Pavia, monarca de un país que jamás sintió anhelos de asomarse más allá de sus fronteras para sacrificar su propia vida en beneficio de una idea y una cultura.

Y por eso es posible que se realicen tantos y tantos hechos gloriosos en la guerra tunecina: La defensa del 26 de Junio, la toma de la Goleta, la conquista de Túnez, etcétera.

Y por eso es posible que, una vez derrotado Barbarroja, se reponga en el trono de Túnez a Muley Hacén, y se establezca como condición principal en la entrega del reino que se permitirían iglesias cristianas, sin que se estorbara la celebración de los oficios y culto católico y que no se consentiera vivir en aquellas tierras a ningún moro de los nuevamente convertidos en Valencia y Granada.

Y en cambio, todo el tributo que había de pagar el Rey se reducía a seis caballos y doce halcones cada año.

¡La codicia española que hizo célebre la Leyenda Negra!



C A M P O

La Escuela y el Campo

No solamente se fomenta en el niño y la niña la afición al campo por medio de las enseñanzas teóricas y prácticas que reciben en la escuela. Su afición por la agricultura debe estimularse por medio de concursos y exposiciones, no llevadas a la realidad en España.

Al finalizar el curso en todas las escuelas se celebra una Exposición escolar, en la que para nada se tiene en cuenta los trabajos realizados en el campo.

Estos niños y niñas, que durante el curso se han interesado por los trabajos de los campesinos, deben ser recompensados para que al año siguiente continúen sus prácticas con mayor entusiasmo.

Para ello sería conveniente que todos los años se celebrara en cada pueblo una Exposición en la que se presentasen legumbres, flores, animales, jarabes, quesos, féculas, etc., todo ello criado y cultivado por los alumnos y que otros escolares leyesen trabajos relacionados con asuntos rurales. De esta sencilla manera se fomentaría la afición al campo, no sólo de los niños; se extendería a sus familiares y seguramente a la gente indiferente.

El premio debe ser honorífico y práctico a la vez. Nada mejor que libros bien seleccionados, estampas coloreadas y de gusto artístico, con las que puedan formar cuadros que adornen la vivienda rural, útiles y objetos no fáciles de hallar.

Dichas Exposiciones, que los ingleses celebran desde hace muchos años, han demostrado que, tanto como a los niños, interesan a sus familiares, procurando y velando para que los productos en ella exhibidos sean los mejores del lugar. En España aún no se prestó atención en este asunto, del que se obtienen resultados bien hermosos. Hay que fomentar el lado práctico de la enseñanza agrícola. Esta es la tendencia sostenida siempre por Australia. Por ello creó el «Arbol Day» (Día del Arbol), en que los niños de las escuelas plantan árboles, y que dió lugar a la iniciativa de nuestra ridícula Fiesta del Arbol.

En el Estado de Victoria se fundó en 1911 la Sociedad de las Escuelas de Horticultura con el sólo objeto de proporcionar semillas y plantas y florear árboles y arbustos a las escuelas.

En el Canadá dan la enseñanza agrícola aplicada a ejercicios prácticos: proyectos hechos en casa, jardines escolares, cultivos, examen de la leche de las semillas, etc. Dan esta enseñanza para despertar la atención con el contacto directo con las operaciones agrícolas que hayan familiarizado con los problemas de la vida rural.

Otros muchos casos podemos citar: En Filandia, las lecciones de zoología se estudian tomando, por ejemplo, los animales domésticos y su cría. Francia parece construir a sus escolares los instrumentos de trabajo y el modo de repararlos. Inglaterra y País de Gales estimulan para que se realicen trabajos manuales. Irlanda organiza excursiones por el campo y granjas inmediatas, lo mismo que el Japón.

Checoslovaquia publicó reglamentos en el año 1915, creando y explotando jardines escolares. España no había hecho nada en este sentido hasta el 17 de Octubre de 1921, en que un Real decreto dota de parcela de tierra a las escuelas nacionales, entregando esta parcela a los Municipios, uniones o asociaciones de los maestros que lo solicitaran. Las administra un maestro, si no hay ningún representante agrícola en la localidad. Generalmente no se dió importancia en nuestro país a este asunto, ni se ha realizado una labor seria de la orientación agrí-

Esto decía la Falange, por boca de Onésimo Redondo, en 19 de Mayo de 1935

«Al decir que queremos reconstruir el suelo, no hablamos de soluciones tibias de tanto menos cuanto, discutidas prolijamente bajo el regateo del ministerio de Hacienda en las Cortes; no tratamos de esa especie de fiesta del árbol de las minorías parlamentarias, que es lo único que se da como solución al más grave y difícil problema de la repoblación forestal. No; es que contemplamos con dolor y con lágrimas en el alma, que nuestra España es un suelo arrasado, es una nación que ha padecido la incuria de siglos, es un pueblo martirizado, sobre todo, por la anarquía brutal y antinacional del siglo XIX. Y nosotros, por nuestro honor de hijos de este suelo empobrecido, que resiste difícilmente la comparación con las demás naciones que figuran en el mundo civilizado, por nuestro honor de hijos de España y por nuestro deber frente al porvenir, tenemos que rehacer este suelo, aunque sea ello una obra gigantesca y heroica. Este será probablemente—y lo veremos en la realidad, porque la realidad la tendremos en la mano prontamente—el descubrimiento de nuestras modernas Américas: el descubrir a España y el sacarla de la barbarie y de la esterilidad en que ahora se encuentra. ¿Para esto valen los planes forestales de las minorías parlamentarias? ¿Para esto valen las soluciones de tanto menos cuanto con regateo de millones? No; para esto vale la acción de un pueblo puesto en pie, unido por una idea, por una fe y por un dolor, que es lo que nos mueven este asunto, y decidido, cueste lo que cueste (si no hay posibilidades económicas, con la movilización gratuita, voluntaria y obligatoria de todas las juventudes españolas), a poblar todo el suelo estéril, a regar todas las superficies y vertientes que van yéndose poco a poco hasta el río arrancando las entrañas a esta Península y convirtiendo la Patria española en una especie de apéndice del Africa desértica y reseca.

Otro punto de nuestro programa, otra faceta es el enriquecimiento de la agricultura. Esta palabra, expresada y reflexivamente expuesta en uno de los puntos, no sé si el 19. Hay que enriquecer a la agricultura; hay que sacar, sí, de la pobreza, de la miseria, de ese pan de lágrimas que comen constantemente a los labradores; pan negro, agua, cebolla, es el alimento ordinario y más cotidiano de ellos. Hay que sacarlos de esta pobreza; pero, ¿cómo? ¿Haciendo partidos agrarios donde están presentes de diputados los mandones y explotadores del campo? No; redimiendo, en primer lugar, al labrador de esa tierra de los aventureros, de los logreros, que con mil formas de usura, desde el suministro de semillas, abonos y maquinaria, hasta la compra de productos le sacan todo el jugo dejándole solamente el mínimo necesario para que siga trabajando y enriqueciéndole nuevamente.»



La Falange, en el II Año Azul, fiel a sus consignas, crea con el Caudillo el Servicio Nacional del Trigo, que funciona desde primeros de Noviembre

C a m p o s A z u l e s

Había un mito del campo en España. Una serie de poetas y de pensadores hicieron un tópico de los tonos amarillos y pardos del paisaje castellano. Y había la comparación obligada del árbol que se eleva solitario en la llanura con el misticismo triste del labriego. No confundía el color con el espíritu y se creía que las viejas capas pardas del antaño siempre cubrían la agonía continua de la continua renunciación.

Cuando llegó la guerra se comenzó a ver mejor. Fué para muchos una sorpresa comprender que la apariencia no correspondía con el fondo y que aun a veces—frecuentemente muchas—la apariencia forjada por la literatura divergía de la realidad.

No sólo se descubrió que el campesino de Castilla sabía reír, sino que cuando llegaba la hora de sufrir sufría serenamente pero sin indiferencia, con el sentir hondo de quien tiene madurez de vida. Y que la tradición que apegaba al castellano a su terruño fuera del cual nada importaba, era tan falsa y tan derrotista como la literatura de su carácter.

Porque cuando el clarinazo del dieciocho de Julio despertó la ciudad, despertó aún con más fuerza al campo. Y las camisas sucias de sudor que cubrían a los mozos en la era se trocaron en camisas azules que cubrieron los torsos quemados por los soles de la siega y por los vientos serranos. Lo mismo que bieldos y trillos se convirtieron en aceros de guerra empuñados por aquellas manos que sólo habían conocido la paz.

En el fondo era más intenso el sentimiento de Patria en el campo que en la ciudad, precisamente porque en el campo las palabras son menos elocuentes y la oratoria brota más difícilmente.

Difícilmente se podrán olvidar las primeras estampas de la guerra: instintivamente las caravanas de hombres recios y tostados se encaminaban a la ciudad en busca de dirección. Alegres caravanas en las que todo eran cantos, risas y rojo vivo de flechas y yugos que precisamente habían sido bordados ayer.

Y al borde de las carreteras, en las eras que rodean cariñosamente a los pueblos ofreciéndoles el sustento de todo un año, las mujeres y los viejos que no podían acudir a las armas contemplaban con sonrisa, que a veces era velado por las lágrimas de sentir algo desconocido y tremendo en las entrañas, el paso de sus hijos que, arrebatados por la fuerza de una idea, hasta hacía poco ignorada, se apresuraban a ofrecerse al servicio de España.

Luego, cuando los campos quedaban horros de voces juveniles, aquellos hombres y aquellas mujeres que quedaban, siguieron a pesar de su soledad, prodigando el esfuerzo a la madre tierra con la canción a flor de labio y la congoja por la suerte indecisa del hijo en el corazón.

Y a través del verano y del invierno, puede verse en el paisaje castellano, redimido de la leyenda de tristeza, el agua fuerte de el viejo o la vieja encorvados tras la yunta queriendo arrancar al surco la alegría de los trigos que será pan blanco en las trincheras y la retaguardia del ejército azul.

cola de la 1.ª Enseñanza. Nos parecía una enorme equivocación pasar de un extremo a otro. Es decir, de una completa indiferencia a dictar órdenes en que la 1.ª Enseñanza recibiera una orientación agrícola tan exclusiva que creara una clase rural enteramente distinta de la población urbana.

FALANGES FEMENINAS

Carta de Alemania

Goldern, 22-10-1937.

Gijón, con toda su emoción lejana, llega victoriosa hasta Goldern, y volvemos a trazar para las camaradas alemanas, el mapa de España. Su fácil y decorativa geografía encuadra en azul.

En mi cuarto, a solas, saboreo el triunfo. Y veo a España como el pino azul de Heiligenberg. Aquel pinito azul tan perfecto, tan personal, tan diferente de los otros, que me hace pensar le plantaría quizás con azul de ilusión algún príncipe niño. Porque en el conjunto total del monte cónico cubierto de verde, de verde dorado y de verde rojizo, y de verde abetos, estaba él, de verde azul, de verde gris, más humano, más personal que los demás.

Recuerdo también la Exposición anticomunista de Nüremberg, de la que nunca hicimos comentarios, y envidiosos estos pueblos ya felices, que tienen que elaborar el comunismo para enseñárselo a las masas; para que nadie olvide el horror de esta palabra trágica. Pienso en nuestra Exposición permanente, en la que llevamos dentro con el recuerdo constante de días horribles, de días rojos envueltos en llamas, de noches negras con música macabra de descargas intermitentes... Pienso en los que nunca más volveremos a ver, en la expresión de los que vimos por última vez al doblar la última esquina... y todas las exposiciones y las fotografías escalofrantes me parecen una broma.

Y me parece la gloria que estás tú ahí, pino azul, perfecto, ascendente, tan personal, acentuándote sobre ti mismo como se acentúa España. Esta España que es siempre «ser o no ser». (To be or not to be). España y aquel pino son.

Hay pueblos que para ser después de no ser, necesitan conquistas; para saber después de no saber, necesitan Universidades, escuelas, exposiciones... España para ser necesita sólo querer. «No me mueve mi Dios para quererte, el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno... Muéveme a mí, Señor...»

En la Exposición anticomunista de Nüremberg, resulta interesante la Sección de Arte, del arte decadente ruso que aún impregna tanta decoración y tanto intelectual barato. Figuras en porcelana y madera, dibujos deformes; frente a la poesía que destruye, la poesía que promete; maravillosos trabajos manuales, nuevo arte alemán.

Una sala interesante: la maternidad en Rusia y en Alemania. Fotografías de mujeres estragadas y famélicas arrastrando niños anormales, y madres rubias y sonrientes como el dibujo de Dürer (1503), que preside la sala.

En la historia del comunismo, los judíos juegan un gran papel. La primera sala: Asia caminando a Europa. Judíos egipcios tallados en mosaico, judíos persas... Y a través de varias salas y a través de varios siglos, los mismos ojos, la misma expresión... los últimos judíos invaden la intelectualidad, la Banca, la Política. Nombres y fotos...

En la historia de la revolución, le conceden el triste honor de ondear la bandera roja a J. J. Rousseau, que con cara siniestra de llamas la enarbola: Cuando aquel hombre nefasto Juan Jacobo Rousseau... ¿Por qué no le escucharon? Menos mal que estás tú ahí, pino azul, azul y permanente como España.

La Exposición anticomunista sigue en nuestro corazón clavada con un doloroso escozor, pero ayer Santander y hoy Gijón... esa exposición viviente se irá. Y aunque arrastre con su ímpetu destructor a nuestros mejores, estás tú ahí, España, ascendente, bien limitada, con tu geografía decorativa encuadrada en azul. Y estás así, porque una mañana te volvió a injertar sobre ti

Señor embajador:

Agradezco profundamente a Alemania y al Canciller Hitler la condecoración que me entrega en su nombre.

Al recibirla veo en ella la recompensa que da Alemania a todas las Secciones Femeninas de FALANGE por la labor que han realizado durante la guerra y antes del movimiento. Y le doy las gracias también por la delicadeza que ha tenido al concederme la Cruz Roja, precisamente el 29 de Octubre, día de gozo y de gloria para el FALANGE, porque en él habló José Antonio por primera vez a todos los españoles del movimiento nacionalsindicalista.

Tenga la seguridad, señor embajador, de que siempre irá prendida esta Cruz sobre mi camisa azul, como símbolo de la hermandad y del cariño que une a Alemania con España y al nacionalsocialismo con la FALANGE.

¡HEIL HITLER! ¡ARRIBA ESPAÑA!

(Discurso de Pilar en agradecimiento de haber sido condecorada con la Cruz Roja alemana.)

Carta de Alemania

He visitado Erp, pequeño pueblo campesino de las cercanías de Colonia, un campamento del Land-dienst.

Varias veces hablé de la preocupación de Alemania por el campo. Aquel mismo deseo que apenas tuvo tiempo de esbozar José Antonio, aquel deseo de Reforma Agraria con un sentido lógico de colocación y distribución de la población rural española, obsesiona igualmente en Alemania. Se trabaja por conseguir el éxodo de la población occidental excesivamente apretada en las riberas del Rhin, a la tierra agria pero no menos explotable del Este.

Como todo el partido se adapta absolutamente a los planes del Estado, la Juventud Hitleriana, realiza esta propaganda con la maravillosa organización del Land-dienst, campamentos y colegios para niños de catorce a dieciocho años. Estos campamentos se establecen casi todos en el Este con objeto de interesar prácticamente a la Juventud y de auxiliar a los granjeros desprovistos de servicio. Solamente hay dos o tres en el Rhin para propaganda y para auxilio de los pueblos extraordinariamente agrícolas como es, por ejemplo, el de Erp. Este trabajo de nueve meses excluye del servicio obligatorio del Arbeit-dienst y tiene la ventaja de ser retribuido.

Hemos hablado con las chicas del campamento, que tienen la gracia de mezclar la cultura, aún francesa, de la escuela; latín, historia o política con esa vida jugosa del campo.

He visto en Erp un bello trabajo de estas muchachas. Verdadera síntesis de poesía si se imagina el marco donde se realizó y las artífices casi niñas, medio intelectuales y medio campesinas que lo idearon. Es el trabajo, una crónica de la ciudad, precisamente encuadrada en piel de cerdo y resbaladizo pergamino, y con la gracia desigual del trabajo a mano. Regalaron este libro al alcalde, recogiendo en él con fina y picuda escritura gótica, la historia de la ciudad. Desde la pequeña «Acquæ Arnapa», llamada así por la fuente que en ella descubrieron los romanos, hasta la historia moderna de la campesina Erp, también encontré en el libro apasionantes leyendas de castillos y granjas que rodean al pueblo. Castillos de nombres evocadores, ideales: Burghof, Corbenhof... Historias escuchadas con ilusión de niñas en el resplandor caliente del gran hogar o en la sombra de un milenarío árbol, mientras el viejo granjero fuma su pipa y contempla embozado la jugosa curiosidad de este ángel rubio que vino a la ciudad para ayudarle.

De esta juventud curiosa que quiere llevar a la Universidad o al hogar que en repesada actitud sentimental espera, algo del sudor y del olor acre de los corrales y algo de la verdura y el misterio de los bosques. Y guardará todo esto con cuidado en algún cacharro antiguo de porcelana del Rhin que llenará su cuarto elegante de la ciudad con la fragancia del campo. Mientras el campo guarda con respeto, en un libro sabio, el fino recuerdo de la ciudad.

Para las madres de España

A vosotras, madres de España, perfectas mujeres nacionalsindicalistas, a vosotras, que atravesásteis los momentos difíciles de la FALANGE, las que comprendísteis el principio por el cual rodaba España hacia la destrucción, las que os quedásteis sin hogar y con alegría en el alma, sentíais también el dolor de las carnes laceradas de vuestros hijos; a vosotras, capaces de comprender a fuerza de sacrificios nuestro camino a seguir, aquel que nos marcó José Antonio, el de la abnegación, el del heroísmo, el del trabajo; a vosotras, que con generosidad espontánea disteis todo, España, FALANGE, os piden aún más, os piden a esos hijos pequeños que quedan en vuestros hogares y alguno todavía en vuestros brazos para encuadrarlos en su Organización juvenil, en sus «flechas». Pero no temáis. Un día españoles sin patriotismo y sin fe, tan llenos de odio y de rencor como libres de sentimientos de piedad y ternura, trataron de apoderarse de vuestros hijos, de vuestros hogares, sabiendo que dueños de ellos serían dueños de la sociedad que se incubaba, intentando hacer de cada ser racional un renegado; de cada renegado, un agente destructor.

Y para esa trataban de arrancarlos de vuestros brazos y llevarlos, mientras vuestro corazón se desgarraba viéndoles perecer de hambre y de frío y sus manos se tendían buscando un amparo y protección que negaban les diérais.

Hoy FALANGE quiere, al marchar por el camino de la nueva vida que emprendemos, ir unida con engarces amorosos a ti, madre de España y decirte: contigo, con

misma una voz bien timbrada, una voz que te quería con voluntad de perfección, una voz tan personal... una voz que se atrevió a decir: «España no nos gusta, no nos gusta físicamente. Nos gusta la eterna, la incommovible metafísica de España».

Y la volvió a injertar sobre sí misma con

tu corazón de madre, que es la primera escuela del hijo, salvaremos la semilla, daremos vida a nuestros deseos de que el niño viva bien y dichoso, nuestra obra será la resultante, el producto del amor a tu hijo, velar por ellos, poner su vida en condiciones de desarrollo físico e intelectual, librarles de los peligros de la calle, ahuyentar la tristeza, el odio, de sus corazones, enseñarles a vivir en su libre hermandad, porque todos tendrán Pan, Amor, Calor de Vida, Alegría; y los verás con salud de alma y de cuerpo pasar con sus camisas azules, con el yugo y las flechas sobre sus corazones, elevando a lo alto la mirada al caminar firmes por la tierra.

Para esto quiere la FALANGE a vuestros hijos; pero necesitamos de vosotras, es preciso que nos comprendáis para que así confiéis, que captéis nuestro ideal que palpita en el seno de la actual sociedad, este ideal común que será el lema en la nueva etapa histórica que emprendemos. El de Franco, el de José Antonio, y ante él, con conciencia clara y voluntad firme, os convirtáis en herramienta afanada, fundiendo en un haz todos los esfuerzos dispersos en esta raza nuestra y así, desde el sagrado recinto de vuestros hogares nacionalsindicalistas, seréis forjadoras de nuevas generaciones, de humanidades plenas.

Pensad que de la síntesis augusta de vuestros abnegaciones dependerá la grandeza, el esplendor de nuestro pueblo, al que FALANGE, con vosotras, incorporará de nuevo a sus destinos imperiales.

Arriba España.

un injerto bueno, que ni los judíos ni el arte decadente, ni las llamas, ni los asesinatos ni la inmortalidad pudieron arrastrar. Con un injerto bueno que es la FALANGE.

Y la FALANGE, camaradas, es: querer, querer de amor.

Arriba España.

FE

DOCTRINA
NACIONALSINDICALISTA

IIII

U N I V E R S O

LA CONFERENCIA DE LOS NUEVE

Las Conferencias internacionales; esas panaceas con que las democracias pretenden aliviar al mundo de todos sus males, se han convertido en una verdadera epidemia. Raro es el día en que los periódicos no hablan de los improbables trabajos de alguno de esos entes sobre los que parece pesar la maldición del manto mitológico e inacabable.

Es además curioso que la labor de tanto comité, reunión y asamblea, que sienten una especial atracción por inmiscuirse en negocios ajenos, suele tener resultados generalmente opuestos a aquellos que se buscan o que se pretendía hacer creer que se buscaban.

Fué primero el movimiento nacional el que puso en marcha la actividad más o menos aparente del enchufismo viajero. Se creó un llamado Comité de no intervención, que más bien parecía de intervención descarada a favor del fantasma del Gobierno de Valencia. Ahora que se cacarea a todos los vientos la eficacia del Comité que salvaguarda la paz mundial mediante la aprobación de la propuesta inglesa, resultó que, prescindiendo de que los factores de lo que llamamos éxito del acuerdo, no han sido más que Hitler y Mussolini, los dos temidos despotas fascista, el acuerdo no viene a resolver más que si no hubiese existido Comité alguno, porque si así hubiese sido, probablemente hace algún tiempo que la beligerancia del bando azul hubiese sido reconocida y la ayuda de Francia a los bolcheviques hubiese sido la misma que hay tras la pantalla de un control aparente.

Pero a los ilustres miembros de la tertulia internacional con dietas y viajes, no les asustan los fracasos. Se convocó la Conferencia de Nyon lo mismo que ahora se van a formar comisiones de retirada de voluntarios; y viendo que el filón español está próximo a agotarse, se pensó en inyectar una nueva vida a las entelequias enchufopacifistas, buscando algún conflicto que solucionar, cuanto más lejos mejor, porque mejores serán los ingresos de los comisionados y más divertidos los viajes.

Por eso la contienda chinojaponesa les ha venido al pelo a los imitadores de Ginebra. Se apresuraron a remover las cenizas y a exhumar el cadáver de la Conferencia de los Nueve y del Tratado de Washington, y con la ayuda de Mr. Davis, que se pinta solo para inventar proyectos de los que nadie hace caso, se improvisaron unas sesiones en Bruselas, de las que saldrá el talismán que ha de traer la felicidad a chinos y japoneses, los que, no enterados aún sin duda de los desvelos de los nueve caballeros, continúan sacudiéndose a más y mejor en el Oriente lejano.

Aquí lo interesante es embrollar las cosas todo lo posible: ¿Alemania ofrece la solución de lanzar la idea de negociaciones directas entre Tokio y Shanghai? Pues hay que oponerse a ello por múltiples razones. Una de ellas la de que se terminaría la guerra, y ¿qué iban a hacer entonces los nueve caballeros? Además: ¿No podría resultar que el Japón adquiriese cierta preponderancia en la política china?

¡Ah! Habría nación que rasgaría sus vestiduras antes de consentir tal ultraje a los pueblos civilizados. Por ejemplo: esa que se llama Estados Unidos de Norteamérica, que ha contemplado hasta ahora el conflicto español con un gesto de desprecio, desde lo alto de sus rascacielos, pero que se apresura a mostrar su disgusto por la actitud que adopta en Japón en territorios en los que cree Estados Unidos tener ciertos derechos. Porque si Monroe ha dicho que América para los americanos, nadie ha dicho que los americanos no puedan hacer sus pinitos de mangoneo en casa de los demás.

Y Rusia soviética, la deliciosa república

que ve su bienestar en el alero a causa de la firma del protocolo anticomunista por Italia y lanza una nota de protesta con la que se hace, lógicamente, solidaria de la III Internacional, también se muestra contraria a la solución rápida y fácil propuesta por Alemania, a quien sin duda no entusiasma el turismo oficial.

Y los mismos chinos, que no saben todavía lo que quieren, tampoco parecen dispuestos a aceptarla.

Menos mal que a Japón no parece importarle mucho, y a la chita callando, se ha apoderado de Shanghai, mientras en Bruselas, alrededor de una mesa, discuten nueve caballeros graves.

ULTRAMAR

Lo mismo que en Europa, más allá del Atlántico la III Internacional intenta en vano desplegar todas sus seducciones.

Y decimos intenta en vano, porque tampoco parece que los vientos que soplan, tanto en la pampa como en la selva, sean muy favorables para la causa del protectorado marxista.

A pesar del interés que el Komintern ha sentido siempre por Sudamérica, tierra propicia para las asechanzas de comunismo, debido al carácter inestable de su política, nunca se ha conseguido establecer un régimen realmente avanzado—en el sen-

tido de marxismo—en ninguna de aquellas repúblicas.

El lugar en que pareció que estaba más a punto de prender el virus de las doctrinas rusas, fué Chile, donde hace aproximadamente tres años se produjeron unas convulsiones políticosociales que pusieron por breve tiempo de días el Poder público en manos de traidores a quienes no interesaba la idea de Patria. Pero felizmente la reacción del pueblo y del ejército dió al traste con la impudicia de aquellos seres que se vieron obligados a atravesar la frontera; dándose en la actualidad el caso de que el país de Sudamérica que más ha trabajado posiblemente en beneficio de la España nacional haya sido el chileno.

Tampoco hay que olvidar a Uruguay. Uruguay, que ha sufrido también, como la mayoría de aquellas repúblicas, la amenaza de la revolución comunista, aun después del célebre descubrimiento de la organización de propaganda a toda América española por medio de una Agencia comercial rusa establecida en Montevideo, y que actualmente ha declarado al comunismo fuera de ley, también ha laborado todo lo posible en beneficio de la España de Franco, y a ella se debe la proposición enviada a todos aquellos países demandando parecer acerca del reconocimiento en bloque por Sudamérica del Gobierno de Burgos.

Y Argentina, que también ha sufrido las dentelladas sangrientas de Moscú; y Brasil, que hace pocos días ha conocido el sobresalto producido por el descubrimiento de un complot marxista y que ha paseado por las calles de sus ciudades las camisas verdes de los fascistas.

Y todas las repúblicas de aquella América que conservan en su sangre la sangre de nuestros antepasados comunes; todas esas repúblicas han procurado mostrar sus simpatías en cuantas ocasiones han podido a la España que se levantó contra la opresión de Moscú el 18 de Julio de 1936.

Todas aquellas repúblicas, excepto una. Excepto una, en que ha cuajado la teoría y la práctica bolchevique. Una república que posee unas condiciones naturales extraordinarias para lograr un papel en el porvenir, y que precisamente por estar purificándose actualmente en el crisol de sus propios sufrimientos, puede forjarse un sentimiento nacional y católico tan grande, que la lleve al puesto más alto entre todas las hermanas del nuevo continente que tienen a España en su historia.

Y no queremos terminar este recuerdo a las naciones americanas sin destacar la gallardía y el españolismo de una de ellas. De una de las más pequeñas y olvidadas y que, sin embargo, ha demostrado ser merecedora de toda la gratitud a que se hacen acreedores los buenos hijos.

Nos referimos a Guatemala, la pequeña nación de Centroamérica; la que en los días en que la forma en que terminaría nuestra guerra podía ser aún colocada entre los gestos de interrogación, tuvo la valentía, el gesto digno de reconocer al Gobierno de Franco, cuando ni una sola nación habíase atrevido a ello.

Gesto doblemente apreciable, porque si posteriormente Italia y Alemania pudieron reconocer, por exigirlo así su sistema de gobierno y contar con la fuerza suficiente para apoyar su determinación, y hoy en día varias naciones se apresuran a hacerlo a causa de la necesidad de proteger los intereses con que cuentan en nuestro territorio, la pequeña nación guatemalteca lo hizo sin interés alguno, por sencillo amor filial, con la sola fuerza de su estirpe española; dando al mundo la lección de que, por donde quiera que haya ido España, ha sabido no dejar acaso prósperas casas de banca y hermosas fábricas y ferrocarriles, pero sí el cariño de una catequesis misionera, de un destino común y de una raza en que fundió lo mejor de su corazón para mayor gloria de la civilización y de su propio ser.

◆ Reconocimiento ◆

Al fin parece ser que Inglaterra, rectificando su línea de conducta, se apresta a reconocer la soberanía de la España nacional. Y no nos referimos al nuevo giro que han tomado los asuntos en el Comité de no intervención, porque realmente, si el Comité realiza alguna función útil, se deberá a las facilidades dadas por Italia y Alemania a pesar de las dificultades que las naciones democráticas han puesto en el camino de la paz.

Para nosotros la muestra de la rectificación que sufre la política que la Gran Bretaña había seguido hasta este momento con respecto a la guerra de nuestra Patria, está en el establecimiento de agentes consulares en los respectivos países.

Es indudable, que en los momentos actuales, tal medida equivale a un reconocimiento aunque se pretenda desvirtuar el hecho. Hace mucho tiempo que en las relaciones de los Estados domina el aspecto económico. Se hace caso omiso en la actualidad de los elementos que pudiéramos llamar de protocolo político. Además, cuando es necesario tratar de una cuestión política revestida de verdadero interés, es muy raro que esto se haga a través de los órganos normales de representación diplomática. Es corriente nombrar un enviado especial con plenos poderes que obra con absoluta independencia de los organismos diplomáticos establecidos, llegando en ocasiones, como en el reciente viaje de Mussolini, a ser los mismos jefes de Gobierno quienes resuelvan las cuestiones que hace años eran privativas de los representantes acreditados. Estos, por consiguiente, han quedado reducidos a la simple misión de liquidar los asuntos de trámite y los incidentes ligeros que siempre surgen en las relaciones internacionales, y sobre todo al papel de encargados comerciales.

Esta función comercial es la que anteriormente desempeñaban primordialmente los cónsules. Por eso el nombramiento de cónsules en las principales plazas de España e Inglaterra significa la reanudación de intercambio normal, máxime teniendo en cuenta que los representantes consulares en Burgos y en Londres gozarán de facultades amplias para poder resolver en los casos especiales que se presenten.

Hay que tener en cuenta también las circunstancias que concurren en este caso y que ya se han hecho constar por algún periódico.

Sucede—y los rojos se quejan con razón porque revela una mayor confianza e inclinación por la España nacional—que desde que las Embajadas fueron retiradas de la España roja, no por interrupción de relaciones, sino por la falta de seguridad que ofrecía aquel territorio para las personas y las cosas, la mayor parte de ellas se establecieron en Francia, pero no cerca de la frontera de Cataluña como parecía había de ser lógicamente, sino en las proximidades de la frontera nacional de Irún.

Y entre estas embajadas, la que se instaló más cerca de nuestro límite es la inglesa que lo hizo en Hendaya, a pocos metros del puente internacional.

Pero además resulta que la persona que con toda probabilidad será nombrada para el cargo de cónsul general en Burgos, es nada menos que el que había venido desempeñando el cargo de secretario en tal Embajada, con lo que se da a la representación consular un matiz diplomático indiscutible.

Tenemos que añadir que en las recientes declaraciones hechas por Mr. Eden en la Cámara de los Comunes, al tratar esta cuestión y la del bombardeo de un barco inglés por un avión nacional, se ha hecho constar que tales bombardeos se derivan frecuentemente de las equivocaciones debidas al hecho de que numerosos barcos se cubren con pabellón inglés para poder realizar impunemente el tráfico de armas con la España roja.

Lo que en el fondo viene a ser como un reconocimiento del Derecho de los nacionales a atacar aun en alta mar a los vapores que se dediquen a tales actividades, siempre que—estamos en Inglaterra—no sean británicos.

Y en el fondo el reconocimiento de este Derecho es el reconocimiento del derecho de beligerancia.

Lo que es una verdadera pena es que el mismo día se hayan hecho manifestaciones en la Cámara afirmando que la determinación tomada por Inglaterra en orden a la apertura de relaciones con la España nacional estaba impuesta por la necesidad de velar por los intereses británicos en el territorio de Franco, intereses cuyo importe asciende a muchos millones.

Y decimos que es una verdadera pena porque aunque algún día lleguen a jurarnoslo, no vamos ya a poder creer que lo que Inglaterra haga lo hará por la simpatía que la inspiramos.

V I D A

Bombones y Caramelos

El Decreto de renovación de Ayuntamientos y Diputaciones ha escocido unas miasmas a ciertas gentes. Y es que el pequeño poder municipal y provincial ¡es tan agradable para algunos mangoneadores!

No sabemos qué tendrán los cargos retribuidos; pero es el caso que en cuanto «el pueblo» huele pesetas, se producen unas carreras que nos recuerdan los tiempos del descubrimiento de placeres auríferos en California.

En vista de ello, va a haber que estacar las concesiones para que cada uno reciba lo suyo.

Claro que nosotros llamamos estacar a tener la estaca por el mando y sacudir fuerte. Y como se maneje bien, ¡ya lo creo que van a recibir lo suyo!

Da la casualidad que precisamente quienes alardean más de amor a la Patria y de sacrificio por el ideal son aquellos que hasta ahora se dedicaron con más ardor a la Capua del caciquismo. Se conoce que a los cartagineses se les olvidaron algunos elefantes en España.

Y decimos elefantes porque hasta los niños de las escuelas saben que Anibal los empleaba en las batallas. Y porque realmente nos da lo mismo marfil que asta.

Es sorprendente el fervor religioso que ha brotado repentinamente en los corazones de muchos. Pero nos ha contado un pajarito que en uno de los arrabales segovianos los rojillos convertidos dejaron de asistir a la Iglesia cuando se inició el ataque a Balsaín. Lo que nos hace recordar que también en tiempos de los Reyes Católicos se convirtieron algunos judíos.

Y como el vehículo ha realizado bastantes esfuerzos, sobre todo teniendo en cuenta que los caballos son los que trabajan me parece que va a ingresar en el taller de reparaciones el

TRACCION DELANTERA

Línea recta

CAMINO

Cuando se refiere uno a la política hay que distinguir bien algunos aspectos. Por ejemplo, el de la oportunidad y el oportunismo. La Falange siempre ha rechazado las posiciones fáciles y acomodaticias, los pactos y el mal menor que tanto daño ha hecho a España. Esto es el oportunismo. Pero la oportunidad consiste en ajustar la línea de conducta y de gobierno a la realidad ineludible. Esta es preconizada por la Falange. Porque fijarse un camino y prescindir en absoluto de todo lo que no sea ese pensamiento preconcebido no puede conducir más que al fracaso.

TAREA

Mientras los camisas azules cumplen su servicio en el frente, es necesario que los camisas azules de la retaguardia realicen también su tarea. Y no sólo por la razón expuesta tantas veces de que no pueda haber queja cuando, terminada la guerra, vuelvan nuestros camaradas a sus hogares. Es que es preciso que esos muchachos, que vendrán llenos de la combatividad que necesitan para jugarse la vida, puedan dar salida a su ardor por los caminos preparados, a fin de aprovechar el esfuerzo de todos en bien de España y del nacionalsindicalismo. Tenemos, por consiguiente, que preparar esos caminos a fin de que la fogosidad de los combatientes no se desvíe o se pierda en cauces estériles y acaso peligrosos.

PROSELITISMO

Pero no es eso todo. Hay que llevar al ánimo de las gentes que andan todavía sin saber dónde cobijarse, la convicción de que el único cobijo en España, es la Falange. Y esa convicción se consigue, no con palabras, sino con obras. Mas también hay que gritar muy fuerte que únicamente podrán formar en nuestras filas los que estén sin mancha de politiquerías y no les arredren los obstáculos, los sacrificios y la disciplina más férrea, porque el problema de la consecución del Estado nacionalsindicalista se ha de lograr a base de calidad y no de número.



La obra de Auxilio Social



¡Por la madre
y el hijo!

¡Por una España
mejor!

TODO NIÑO QUE
EN ESPAÑA NACE

tiene derecho a ser formado fuerte y sano ya desde el momento en que su ser se acusa. A ser recibido con alegría en un marco decoroso e higiénico. Tiene derecho al calor, a la ternura y a la crianza de su propia madre. A crecer en un ambiente limpio, saludable, educador y optimista. A una formación moral, física e intelectual que le vaya haciendo para el mañana lleno de fe, de fuerza y de eficiencia. Todo niño que en España nace, a través de los brazos de su madre, pertenece a España. Toda madre que en España tiene un hijo ha de saber que la OBRA NACIONALSINDICALISTA DE PROTECCION A LA MADRE Y AL NIÑO es un gran hogar acogedor.

La guerra avanzaba. AUXILIO DE INVIERNO había logrado salvar a miles de niños de la aguda crudeza que el frío arroja sobre España. Pero el hambre y la miseria comenzaban a atormentar a los hombres, y AUXILIO DE INVIERNO tuvo que ensanchar su órbita para realizar otro de sus aspectos sociales: Las Cocinas de Hermandad.

No fueron hechas para funcionar al igual que los Comedores Infantiles, sino para repartir comida caliente en pulcras angarillas que llevan a los hogares de España vigor de alimento sano y hondo sentido de dignidad. ¡Qué abismo espiritual separa este cálido y abundante reparto del frío mecanismo de los «vales» marxistas!

Familias destrozadas por la guerra.

Mendigos que antes buscaban por todas las esquinas las sobras de todos los hogares.

Hombres y mujeres quebrantados por diversos azares.

Españoles que no tienen qué comer, son atendidos en sus necesidades por las COCINAS DE HERMANDAD.

Doce mil camaradas anónimos—soldados desconocidos en la lucha contra el hambre, el frío y la miseria—trabajan desinteresadamente en las organizaciones de AUXILIO SOCIAL.

Delegación provincial de los Sindicatos

Habiendo llegado a esta Delegación algunas quejas y consultas acerca de la aplicación de los Decretos del Generalísimo Franco sobre exención de pago de rentas por alquiler de viviendas, así como de los recibos de agua y luz en favor de los cabos, soldados y milicianos que se hallan en el frente, y de los obreros que se encuentran en situación de paro forzoso, así como del cobro de los subsidios a los familiares de los mismos, se comunica a todos los interesados y a sus familiares que en la Delegación provincial de los Sindicatos afectos a Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N.-S. se atenderá a cuantos deseen aclarar dudas o consultar sobre estos extremos, encargándose, al propio tiempo de tramitar las denuncias o reclamaciones a las autoridades pertinentes, a la Cámara Oficial de la Propiedad o a los propietarios, según corresponda.

Por la Patria, el pan y la justicia.
Segovia, 11 de Noviembre de 1937.—EL
DELEGADO SINDICAL PROVINCIAL.
Saludo a Franco: Arriba España.

Jerarquía, autoridad, Patria, pan, justicia, sentido militar y religioso de la vida; estas son las normas de nuestra conducta, los pilares de nuestro edificio, la estrella polar que ha de guiar nuestra navegación. (Fernández Cuesta)

DESDE
BILBAO

Inauguración del primer "Hogar del Herido,"

Pone Dios a la fiesta la más bella gala: sol andaluz en cielo de transparencias orientales.

Deslumbramiento de luz que parece bendición especial a una obra que empieza su vida entronizando la imagen del Corazón de Cristo, Rey inmortal, que desde su trono santifica el local de la antigua «Alcaba» de Bilbao, hoy HOGAR DEL HERIDO. Santificación hecha por presencia de la imagen, recuerdo de una presencia esencial y potencial, y por el fin a que se dedican estos seis hermosos salones; antes medio de ejercer mercantilismos poco escrupulosos, hoy, al servicio de España.

Latente en el acto inaugurado la nota de sinceridad cordial, comprensiva, que sella los actos oficiales de la nueva España; autoridades eclesiásticas que hablan y bendicen «en nombre de Dios» y a Dios piden que nunca se le ofenda en el Hogar con el pecado; autoridades civiles que visten galas en honor del herido—la mejor porción de España—y autoridades militares que cuando hablan de que «se sienten orgullosos de asistir a lugares donde tanto se quiere al soldado, notan que su voz de soldado se quiebra en sollozo por la emoción. Con las autoridades e invitados atendiendo a todos, señoras españolas consagradas en Vizcaya a la Asistencia a Frentes y Hospitales—también porción escogida entre lo mejor de la feminidad española—y presidiéndolas Casilda Ampuero, gentil delegada provincial de Asistencia a Frentes y Hospitales en Bilbao: sonrisa perenne, acogedora, flor de cien pensamientos hondos y serios, encarnación de una inteligente actividad, dedicada sin regateos a su Patria.

Señoras y autoridades han recibido a los heridos y les han dado posesión de su HOGAR; hogar que reúne cuanto, en días de ocio forzado en que se añoran otros propios hogares y los frentes desde donde hermanos agrandan a España, puede hacer grata la vida al herido.

Hogar ornado con gracia femenina porque lo han alhajado manos de mujer, pero que tiene serio vivir porque es casa de soldados. En su Hogar dan al herido las señoras bilbaínas, con buena gracia maternal y con generosidad en ellas proverbial, esas mil cosas pequeñas que el herido desea: café y copa diarios, libros, periódicos, medio de que comuniquen con sus familias... y en su Hogar, en sitio preferente, ven los heridos el retrato de su Caudillo, que no sería hogar español ni de soldados si faltara la imagen del creador de España-Imperio y el HOGAR DEL HERIDO es algo tan entrañablemente español y militar que la delegada de Asistencia a Frentes y Hospitales de Vizcaya lo ha instalado con miras y proyectos de que sea cimiento de la futura «Casa del Combatiente», donde después del cercano día de la victoria total, se reúnan a recordar sus hazanas quienes con su esfuerzo nos lograron el triunfo.

Señoras y autoridades han dado también posesión de su Hogar a los heridos. ¿Quiénes son los que llegan de los hospitales esta mañana para ver su HOGAR?... «Los heridos de España», no importan nombres, porque basta decir «que son» para que sepamos «quiénes son».

Son los que amaron a su Patria con santo exceso: con pasión, que les llevó a dar por ella carne y sangre.

Son los que conquistan para Dios y el

bien, palmo a palmo, tierra española, maculada por el marxismo y los que lavan esa tierra con torrentes de la mejor sangre española.

Son los que tienen empeño en ver libre y victoriosa a España, aun a costa de ir a montar su guardia en los luceros.

Son genuinos trasuntos y legítimos herederos de los españoles imperiales del siglo XVI que, sintiéndose elegidos y responsables de misión providencial que les forzaba a extender la fe de Cristo y el dominio de la Hispanidad, decía «Somos españoles; como españoles, somos de Dios. Por eso, delante de un español ¡de rodillas el mundo entero!»... Estos son los españoles que he

visto llegar, con gala de heridas y mutilaciones y a los que nuestros corazones han saludado con reverente admiración: «¡Dios os salve, soldados de la Cruz y de la espada!»

En el ceremonial, encantadoramente familiar, de la fiesta de toma de posesión de los heridos de su casa, se ha prescindido de sonos de banda y percalina abigarradas. No son menester en ésta, celebrada en honor de quienes han escrito en el pentágrama—bello y árido—de los campos de batalla—ganadas a compás de latidos de corazones archiespañoles—armoniosos, marciales himnos que con el nombre de «Partes oficiales»

DE NUESTRAS CENTURIAS

Aniversario del bautismo de fuego de la Bandera de Castilla

Corrían los primeros días de Noviembre del pasado año. Los bravos «camisas azules» de nuestra segunda Centuria de Segovia, juntamente con las otras dos, una de Valladolid y la otra de Madrid, formaban parte de la primera Bandera de Castilla. Una fiebre loca de combate y un ansia extremada de jugar con la vida en defensa de España y la Falange, embargaba a los «camisas azules» que, para demostrar su espíritu, su fe y sus sentimientos, se ufanaban de que juntamente con el yugo y las flechas pudieran lucir su título predilecto: el de castellanos. Porque Castilla, que había renunciado a todo, hasta a la vanidad, y que aún sigue callada, pero animosa, combativa y fiel, significaba en aquellos días para nuestros camaradas enrolados en esa primera Bandera de Castilla toda la expresión imperial: sencillez, energía, renunciación.

Y dispuestos a honrar ese título como correspondía, llegó el 7 de Noviembre de 1936. Y durante cuatro días la Bandera de Castilla dejó por Retamares la mejor sangre, grabando en su «Diario de Operaciones» hechos de armas que habían de contribuir a que en las páginas históricas de esta guerra el pabellón cuyo nombre habían bautizado a la Bandera, siguiera en el puesto de honor conseguido en días imperiales y reconquistado otra vez con flechas, yugos, juventud y heroísmo.

Así muchas veces después. Más sangre que se vertía. Más glorias conquistadas y ese nombre de Castilla en su puesto airoso. Sin pedir nunca nada, sin jactarse de victorias, sin escuchar aplausos, pero demostrando a voces que a la hora de sacrificarse por España no se dejaban aventajar por nadie.

En Mayo se encontraban nuestros camaradas en Toledo. Las fuerzas marxistas atacaban duramente a la posición de «Los Alijares». Su comportamiento fué tan magnífico y su bravura tan impetuosa, que les fué concedida la Medalla Militar.

Hace unos días se cumplía por consiguiente el aniversario del bautismo de fuego de la primera Bandera de Castilla. Para celebrar esta fecha, el estilo de la Falange exigía unos actos sencillos, que grabase más el recuerdo de los camaradas caídos y que sirvieran de afirmación de su fe nacional-sindicalista. En efecto, se celebró una misa,

oficiada por el Padre Nevares, que no se ha separado ni un solo momento de la Bandera. El retablo del altar, formado por dos grandes leños en Cruz, da al momento religioso intensa emoción. No hay más adorno al pie del altar que dos mantas sencillas. Antes del Evangelio, el citado Padre Jesuita habla a los «Camisas Azules» de la disciplina y del heroísmo; de los Caídos que no mueren, sino que quedan en la permanencia eterna del afán nuestro; de Retamares, Pozuelo, Cerro del Aguila, Jarama, Toledo; de nuestra constancia en la lucha, de nuestra fe; de la España Una, Grande y Libre, como camino para conseguir el triunfo de Dios.

Terminada la misa, se coloca ante el altar una monumental corona de flores ofrecida por la Bandera a sus Caídos. Se reza un responso.

El comandante Navarro da los Presentes y el himno de la Falange pone broche final a la emoción intensa de aquella mañana, preñada de recuerdos sangrientos. Arriba España.

Antes de la comida, se hizo entrega de las credenciales de la Medalla Militar a los que tomaron parte.

Poco después se reunieron en franca camaradería los condecorados, los jefes y oficiales.

Presidió el almuerzo el teniente coronel don Hipólito Fernández, jefe del sector, los comandantes José Navarro, jefe de la Bandera, y Navarro, actual jefe de milicias de Falange de la provincia de Madrid, y el jefe provincial de Falange Española Tradicionalista, de Segovia, que había llevado a sus camaradas el abrazo de la Falange segoviana y algunos obsequios. Al final, el jefe de milicias de Falange, de Madrid, que fué el primer jefe de la Bandera, dirigió la palabra a los «Camisas Azules».

Así, con esa sencillez, se ha celebrado el aniversario de esa fecha, bien grabada ya en el historial de la Falange. Todo ha sido tan callado, que apenas se ha enterado nadie. Todo ha sido tan sentido y tan hondo, que ya se presiente ante ese espíritu de abnegación y de sacrificio, cómo llega la Patria, el Pan y la Justicia por los caminos de nuestra revolución española.

oíamos todos los días la hermosa canción que nos decía: «Hoy se han tomado veinte pueblos... «Bilbao ha sido conquistado... «Santander es de España... «Se ha rendido Gijón»...

Discursos, sólo dos se han pronunciado en este acto: los necesarios, que tampoco hacen falta frases ampulosas y retóricas a los que en su nombre—«Heridos de España»—tienen el verso más bonito que en un año de inspiración han escrito armas españolas; los que serán también motivo para que plumas—pregoneras del pensamiento—escriban poemas de letras que digan a todo el pueblo y edad «quiénes son, qué son los «Heridos de España».

Dicen discursos José María Oriol, delegado provincial de F. E. T. y de las J. O. N.-S. en Vizcaya—palabra medula, toda ella ideas, desprovista de alharacas barrocas, hierro vizcaíno—que habla del amor ejemplar del Bilbao de hoy a España y María Rosa Urraca Pastor, delegada nacional de Asistencia a Frentes y Hospitales, que a su alta personalidad de consejera nacional de la F. E. T., une en este acto la muy honrosa distinción de ser representante del Caudillo.

Tiene la palabra María Rosa Urraca Pastor, una elocuencia fácil en imitarla.

Es el hablar de esta mujer como explosión de amor a España. Parece que su verbo se modeló en horas inquietantes de las trincheras de Somosierra, tostadas de sol y con sudario de nieve—siempre inclementes—bajo sangre celestial de crepúsculos castellanos con nubarrones ardientes de sol y luna, cuando peregrina y andariega caminaba esta mujer bajo la metralla, en peregrinación de consuelos. Vibra su palabra, sube, se remonta como águila caudal, cuando mienta a su amor: «España»; cuando alude a destinos que quiere grandes y no enturbiados por pasiones mezquinas: los de «España» y pide amor para el herido, porque «es muy mujer femenina» y sabe que misión de mujer es rodear con ternuras de madre la vida del hombre...

Junto a mí comenta una dama uruguaya que ha venido a servir la causa de Dios en los Hospitales: «España siempre la misma... salvadora del mundo... prodigando cultura y civilización y, en sus horas críticas... ¡Una mujer que ofrece su corazón fecundo por la Patria!»

HOGAR DEL HERIDO: en letanía de buenos deseos pido siempre los ojos de ti. Los que yerran con sentires morbosos. Los que inspiran la alegría en degeneración de almas y cuerpos.

Los que excitan los instintos ajenos con impura, contagiosa mezquindad egoísta.

Los que matan en flor el anhelo del afán de vivir al encanto de afectos grandes.

Los que destruyen la esperanza (supremo bien) y combaten en la fe que purifica y ennoblece la vida...

HOGAR DEL HERIDO DE ESPAÑA: que el Señor que en ti se ha entronizado bendiga tu bandera, la española, y la mantenga enhiesta, por siglos, diciendo victorias, brillando, crujiendo con sus alas abiertas amparando al mundo, pero siempre con dolor de «heridas», porque es tradición redimir dando sangre española.